

El diálogo de las Ciencias Sociales y las naturales. Minuta para un ensayo

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

PROBLEMÁTICA

EN LAS CONDICIONES ACTUALES del mundo, ¿cómo nos planteamos los problemas del diálogo y el debate en las Ciencias Sociales? ¿Cómo creamos espacios universitarios de reflexión y diálogo, de investigación y pedagogía, que faciliten la actualización y la comunicación de los especialistas en ciencias naturales y sociales entre sí, y con los humanistas? ¿Cómo redefinimos la investigación, la docencia y la difusión de las ciencias y las humanidades, de manera que contribuyamos a la articulación de las mismas para la solución de problemas que no pueden ser abordados sin su concurso y actualización? Esos problemas han sido planteados, entre otros, por Immanuel Wallerstein, Ilya Prigogine, Ervin Laszlo, John Brockman. A sus contribuciones querríamos añadir una que lleve sobre todo al dialogo de ideologías encontradas, de teorías opuestas en la misma cultura o en culturas y civilizaciones que tradicionalmente se han enfrentado y que se siguen enfrentando. El problema consiste en preguntarnos: ¿Qué posibilidades hay de establecer espacios de diálogo y debate creador y profundo entre las perspectivas de las teorías hegemónicas y de las teorías críticas y alternativas?

Para intentar una respuesta o esclarecimiento de ese problema, y cómo precisarlo, esbozamos varias proposiciones que pueden ser confirmadas o “disconfirmadas” en lo que tienen de contribución científica históricamente comprobable. Presentadas con ese carác-

ter, no alcanzan siquiera la categoría de teoremas, aunque pretendemos que logren un grado superior al de meras conjeturas o al de vagas hipótesis.

I

Las Ciencias Sociales siempre se han orientado por objetivos. Las tesis en contrario de investigadores empiristas como Lazarsfeld han sido disconfirmadas. Los objetivos que orientan a las Ciencias Sociales corresponden a “valores e intereses”, expresión que emplea Max Weber. De todos modos, en la perspectiva más común de las Ciencias Sociales hegemónicas todavía prevalece el análisis de las causas y los factores que determinan un fenómeno. Así, la economía neoliberal o neoclásica sostiene sus modelos como derivados de las leyes del mercado y sus “benévolos efectos”.

II

A principios del siglo XVII, el “paradigma” o modelo por antonomasia de las ciencias corresponde a la revolución científica iniciada por Newton, concebida también por Bacon y Descartes. Ese “paradigma” entró en crisis a principios del siglo XX, con algunos antecedentes en los últimos años del XIX. El nuevo paradigma se formalizó durante la segunda Guerra Mundial, y recibió interés y apoyo cada vez mayores desde entonces, lo cual dio lugar a investigaciones cada vez más favorecidas e influyentes.

La nueva revolución científica no sólo consistió en acotar los límites de validez —enorme y actual— del determinismo mecánico que rige en una parte del universo, y que no opera en niveles micro y macrofísicos. También consistió en privilegiar *el conocimiento de los mejores medios* para alcanzar objetivos.

Al privilegiar el análisis teleonómico o de conductas dirigidas a alcanzar fines, el nuevo paradigma resultó mucho más idóneo para tender un puente entre las ciencias de la materia, de la vida y de la Humanidad. Facilitó el diálogo de métodos y conceptos entre ciencias de la materia, ciencias de la vida y Ciencias Sociales.

Hoy, para realizar sus propias tareas, las Ciencias Sociales necesitan conocer a fondo en qué consisten las “nuevas ciencias” que investigan “sistemas auto-regulados, adaptativos y creadores”. Surgidas de las *tecnociencias* —que plantean los problemas científicos a partir de los tecnológicos destinados a la producción y a la guerra—, las nuevas ciencias pasan de la modelación matemática, de la cibernética, de las ciencias de la computación, de la comunicación, de la información y la organización, a los sistemas complejos con múltiples interacciones e interdefiniciones, que incluyen entre sus temas principales los sistemas caóticos en que se vincula el orden y el desorden, y a los que se añaden las estructuras emergentes, los sistemas alternativos. Acercarse a las ciencias de la complejidad y a las tecnociencias es también fundamental para la teoría crítica y el pensamiento alternativo, sin que por ello abandonen el análisis histórico y concreto de las causas socialmente determinadas, enajenadas y mediatizadas. Abandonando todo recelo doctrinario, podrán profundizar y precisar acerca de los medios para alcanzar objetivos que el sistema actual de acumulación y dominación trata de mediatizar, cooptar, enajenar o destruir.

III

Los principales objetivos de la Edad Moderna, los que expresan sus principales valores e intereses, son: 1. La democracia, 2. La liberación y 3. El socialismo. Los tres corresponden a valores de la Edad Moderna, y del Humanismo que surgió desde el Renacimiento y que tanto se enriqueció con el pensamiento “ilustrado” del siglo XVIII. Su formulación política más afortunada es el lema de “Libertad, igualdad, fraternidad”, que nació en la Revolución Francesa. Ese lema fue precedido por el de la lucha contra la opresión de un país por otro, que apareció como principio en la Independencia de Estados Unidos respecto del coloniaje de Inglaterra y de todo coloniaje, pero que perdió su impulso universal por la presencia de los esclavistas del Sur y de los colonizadores del Este, herederos de la trata de esclavos y del proyecto inglés de conquistar el “lejano oeste” y las antiguas colonias de España en América. Estados Unidos hizo, de todos modos, una importante contribución a la precisión de los nuevos valores y a la manera de alcanzarlos. “La democracia es

el gobierno del pueblo, con el pueblo y para el pueblo” es una definición paradigmática que acuñó Lincoln y que sigue teniendo un valor universal. Hoy es plenamente válida en medio de las redefiniciones particulares y a pesar de los sentidos retóricos que han oscurecido su profundidad. También mantiene su validez al lado de otros postulados como el respeto al pluralismo ideológico, cultural y religioso, o a los más recientes sobre los derechos a la autonomía, a la identidad de personas y colectividades, a la igualdad de derechos de la mujer y a las preferencias sexuales. Es más, ese concepto de la democracia se ha relacionado práctica y conceptualmente con los proyectos emergentes de liberación de los pueblos, y de justicia social y socialismo, lo que facilita enormemente el diálogo entre quienes comparten esos valores.

Subsisten empero serios obstáculos. En los proyectos universales sobre la democracia aparece un “eurocentrismo” (*v.* Samir Amin) que sólo en parte logran corregir muchos de sus partidarios europeos y americanos, “occidentales”, al postular que corresponden a valores e intereses universales y que se deben hacer extensivos a todos los habitantes del planeta. El carácter universal que se otorga a esos valores vive un movimiento histórico que a la vez favorece su expansión universal y limita o anula sus posibilidades de realización. Ese movimiento histórico corresponde a la expansión del capitalismo industrial y a las redefiniciones a que da lugar con las políticas colonialistas e imperialistas formales e informales, históricas y actuales.

La “mundialización” de los valores e intereses de la “edad moderna intelectual” ocurrió entre simpatías y diferencias, sinergias y contradicciones que privan hasta nuestros días. El capitalismo industrial dio un impulso al desarrollo de las ciencias y las tecnologías, sin precedente en la historia de la humanidad. Ese impulso adquirió, en menos de 200 años, un carácter mundial en sus vínculos con la producción y con la guerra, con el progreso y con la dominación y sujeción de vastas regiones de la Tierra, así como de enormes contingentes de pueblos, trabajadores y comunidades.

En el siglo XX las luchas por la democracia y el socialismo fueron redefinidas por las antiguas y nuevas luchas anticoloniales, de independencia o liberación. La expansión del “progreso” o del “desarrollo” industrial, científico y tecnológico en los pueblos no “europeos” ni “occidentales”, contribuyó a su sujeción; también se

volvió parte de su cultura en la construcción de las opciones de la liberación, la democracia y el socialismo. Tras sucesivas expansiones y reestructuraciones, las ideologías de la Edad Moderna entraron en crisis abierta. Ésta se manifestó en la crisis de las propias opciones. Desde finales de los sesenta y principios de los setenta, golpeó fuertemente a la socialdemocracia, al nacionalismo revolucionario y al comunismo de Estado. La crisis fue también parte de una fuerte lucha entre las fuerzas hegemónicas y las opciones, muchas de éstas previamente mediatizadas y debilitadas, pero, sobre todo, envueltas en sus propias contradicciones. El reencuentro universal de las tres luchas constituye hoy un impulso del diálogo universal de las ciencias y las humanidades, que en gran medida se basa en la práctica universal de unas y otras, así como en el descubrimiento de la necesidad de promover la unidad en la diversidad mundial. El fenómeno ocurre tras la crisis de todos los movimientos que fueron instrumentados, mediatizados o cooptados por el capitalismo: desde el liberalismo decimonónico, pasando por la socialdemocracia, por el comunismo y el nacionalismo revolucionario y populista. En cuanto al neoliberalismo con que los complejos militares-empresariales, sus ideólogos, y gerentes-políticos respondieron en los años ochenta, en menos de 20 años —conforme la crisis económica y de legitimidad se acentuaba— mostró su carácter neoconservador, neofundamentalista y neototalitario.

IV

Desde el punto de vista de las Ciencias Sociales hoy, hemos de señalar que la crisis más importante es la del neoliberalismo. El proyecto neoliberal entró en crisis abierta —política, económica, moral, ideológica, militar— a mediados de la década de los noventa, y se agudizó drásticamente desde el 11 de septiembre del 2001. El reconocimiento del “fracaso” de la política económica neoliberal por parte del Banco Mundial y por sus propios ideólogos, reveló la enorme validez de la tesis planteada por Robert Merton sobre las “estructuras manifiestas” y las “estructuras latentes”. Si los pueblos salvajes siguen creyendo que sus danzas hacen llover aunque tengan pruebas de todo lo contrario, esa contumacia revela que a sus objetivos manifiestos se añaden otros, latentes, los cuales son los que en

verdad los llevan a danzar. Lo mismo ocurre con el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y los grandes voceros neoliberales que, pese a que reconocen los estragos causados por la política neoliberal e incluso los atribuyen a ella, siguen imponiéndola a los gobiernos endeudados y a los gobernantes asociados, sujetos bajo amenazas de guerra económica, social y militar, las que en los hechos se prueban con un nuevo auge de los fenómenos de conquista de territorios y riquezas.

Al entrar en crisis, el neoliberalismo de guerra, sus líderes y autores siguen imponiendo las medidas que acentuaron la crisis. Así confirman el pensamiento de Emerson cuando señaló que el autoritarismo “[. . .] debe ser ejecutado con una mentira práctica, es decir por la fuerza”. La ejecución del autoritarismo los prepara ideológica y emocionalmente para volver a pensar, como sostuvo Hamilton, que “es una imprudencia la democracia”, y para aplicar una nueva estrategia de neocolonialismo y neototalitarismo global, que no sólo incluye “la guerra eterna” contra los pobres sino contra quienes buscan recuperar o construir, redefinir y recrear la libertad, la igualdad y la fraternidad; la democracia, la liberación y el socialismo: esas “imprudencias”.

En la “mentira práctica” sobre los valores que dicen defender (y en la violencia cada vez mayor que emplean), la regresión de neoliberales y neoconservadores al fundamentalismo laico y religioso los coloca en una situación de ilegitimidad que se extiende cada vez más. La gravedad de ese problema para las Ciencias Sociales no puede ser soslayada. No sólo amenaza a buena parte de las propias corrientes de la teoría crítica no marxista y marxista, sino a las auténticamente “liberales”. Amenaza abiertamente a los pobres y a los países pobres, que —de ser “un problema social”— se convierten en un problema del orden criminal, policial y militar. El dominio cada vez mayor de la “mentira práctica” y “argumentada” es la peor amenaza planteada al ser humano y a las culturas del diálogo en todos los campos, incluido el de las Ciencias Sociales.

V

La crisis de los proyectos históricos por la democracia, la liberación y el socialismo ha dado lugar a una nueva revolución mundial cuyo

futuro es incierto. Ésta surgió tras el auge de la democracia de pocos para pocos y con pocos (una democracia elitista, paternalista y autoritaria). En ella aparece un doloroso e importante legado de la teoría de la práctica de la socialdemocracia que se integró al capitalismo, al colonialismo y al imperialismo; de la práctica del nacionalismo revolucionario que con el populismo forjó la nueva “dependencia”; y de la de los regímenes comunistas que iniciaron la construcción del socialismo de Estado y cuyas estructuras clientelistas, de economías formales e informales, se acompañaron de fenómenos de corrupción y acumulación primitiva, con lenguajes oficiales autoritarios e irreales que terminaron en grupos de poder de renegados y mafiosos, dispuestos a la reinstauración de un capitalismo periférico. Hacer ese tipo de críticas en profundidad y con exactitud es fundamental pero insuficiente. La revolución mundial emergente tiene antecedentes en 1968 (Wallernstein) y fue precedida por la del movimiento “26 de julio” de Cuba en 1959, y sucedida por la de los indios mayas de México en 1994. El nacimiento de un nuevo proyecto histórico apareció en esos y otros movimientos, en que la teoría crítica marxista y la no marxista empezaron a formar parte de una cultura alternativa en movimiento, más que de una ideología de partido.

El nuevo movimiento histórico y la cultura alternativa en estructuración tienden a reconocer cada vez más la fusión articulada de las luchas por la democracia, la liberación y el socialismo. Sus integrantes descubren y construyen categorías compuestas como la de Estado-pueblo y la de sociedad civil que gobierna, combinando la democracia participativa y la representativa, o las jerarquías de quienes mandan, que “mandan obedeciendo” los lineamientos que les fijan sus comunidades o pueblos. Redescubren también —con el espíritu de Córdova, Argentina, reelaborado por la experiencia de los años— la necesidad de pensar en un socialismo que no sólo se proponga una distribución de la riqueza, sino de la cultura, y no sólo interprete los textos y conceptos de Oriente y Occidente sino los textos y conceptos de sus propias prácticas por alcanzar ideales. Éstas se aclaran y concretizan con la narrativa, la Historia, la política, las ciencias, la imaginación y “la creación de lo posible”, así como con los conocimientos emotivos y los racionales, con el dominio de los clásicos, los modernos y los posmodernos, de las culturas dominadas y rebeldes, de las conquistadoras y dominantes, “desestructurables”.

VI

Las Ciencias Sociales hegemónicas y alternativas no pueden hoy menos que reconocer la crisis de sus propios marcos teóricos y de una gran cantidad de postulados que han sido disconfirmados por la historia universal. Necesitan plantearse cuáles son las mejores maneras de lograr los valores e intereses de carácter universal; y no repetir errores anteriores, ni limitarse a las experiencias y creencias anteriores, aunque sigan cultivando y deban seguir cultivando sus clásicos, siempre que lo hagan con un espíritu crítico que redescubra la práctica de las creencias y de los intereses y redefina los nuevos proyectos universales, de unidad en la diversidad. En el terreno de la propia investigación científica, ese objetivo general de la unidad en la diversidad se puede lograr centrando los diálogos, y sobre todo las discusiones —más que en las causas y factores de la situación en que vivimos o que probable o posiblemente nos espera—, en la mejor manera de alcanzar fines con base en las experiencias anteriores y en las condiciones actuales. Con esa perspectiva irán al reencuentro de las nuevas ciencias y podrán aprovechar sus métodos y descubrimientos en el estudio de la materia y de la vida para el estudio de la sociedad. El diálogo y la dialéctica serán más fáciles que para los investigadores del pasado, pues si aquéllos no tenían un método central para articular el comportamiento de los fenómenos que obedecen a causas con los fenómenos que buscan alcanzar objetivos, ese método se está desarrollando cada vez más en las ciencias de nuestro tiempo. Es cierto que los obstáculos para intercambiar los métodos del pensamiento científico hegemónico y del alternativo siguen siendo tan grandes como las tradiciones de pensar y analizar a que uno y otro están “esclavizados”. No obstante, si durante el auge del paradigma mecanicista se logró tender puentes, el actual vínculo de las tecnociencias con las ciencias de la complejidad, el de la democracia, la liberación y el socialismo, y el de unas y otros con el nuevo pensamiento crítico y dialéctico, facilita los actos de dialogar y discutir apelando a las mejores tradiciones académicas, o a las de uniones y frentes de lucha entre organizaciones heterogéneas que coinciden en algunos valores e intereses comunes.

VII

En el acercamiento de Ciencias Sociales y ciencias naturales es preciso incluir los análisis hegemónicos de la crisis del neoliberalismo, así como los del pensamiento crítico que ven la crisis del neoliberalismo como crisis del capitalismo y del imperialismo. En esa articulación de categorías encontradas se tiene que incluir una *nueva crisis en la historia de la Humanidad: la crisis del ecosistema*. El peligro de un ecocidio empezó a aparecer desde Hiroshima y Nagasaki en el terreno nuclear y aumentó a lo largo de todo el siglo XX con el deterioro de la biosfera, el agotamiento de los recursos naturales no renovables, la escasez cada vez mayor de energéticos fundamentales de difícil sustitución, y el crecimiento exponencial de la población mundial, entre otros factores. La crisis del ecosistema corresponde también a una crisis del modo de producción y de consumo del sistema dominante identificado con el capitalismo corporativo y los complejos militares-industriales. Es cierto que el socialismo de Estado, por su parte, estuvo muy lejos de resolver los peligros del ecosistema, y que su política de preservación del medio ambiente fue lamentable; para no dar sino algunos ejemplos, podemos enumerar los ocurridos en Alemania Oriental, o en muchas repúblicas de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) y en China. Es otra de las razones por las que la actual crisis plantea a las Ciencias Sociales la lucha por una nueva democracia, por una nueva liberación y por un nuevo socialismo, en que el adjetivo “nuevo” pueda sustituirse por el adjetivo “real”, y en que a esas luchas se añada la preservación de la vida en la Tierra, objetivo que no sólo concierne a los trabajadores, los ciudadanos y los pueblos, sino a toda la Humanidad. En las próximas décadas o años se pondrá a prueba si ese objetivo se alcanza con la unidad relativa en medio de la diversidad de clases, nacionalidades, regímenes políticos, civilizaciones y culturas. En ese sentido, a los más serios estudios de los ecologistas que practican las ciencias dominantes tienen que añadirse los de quienes también dominan el pensamiento crítico, alternativo. Como tema de investigación prioritario mundial, sus participantes han de ir más allá de los límites epistemológicos que han dejado en un campo muy superficial a las comisiones organizadas *ad hoc*, desde el Club de Roma hasta la Comisión Bruntland y otras que les antecedieron o sucedieron. Deben asumir como punto de partida siste-

mológico y crítico la “Declaración de Cocoyoc” (1972), (Ignacy Sachs, Enrique Leff), que planteó los problemas de la ecología, del neoliberalismo, del capitalismo y del imperialismo, así fuera de maneras preliminares. Al mismo tiempo, necesitan hacerse importantes investigaciones sobre “sistemas en extinción” y “sistemas emergentes”, como las que se realizan en el Instituto de Santa Fe y otros centros de investigación hegemónica. Del pensamiento crítico han de tomar las investigaciones que con rigor e información realizan sobre la actual crisis del capitalismo autores como Samir Amin, Michel Beaud, François Houtart, István Mészáros, Immanuel Wallerstein y muchos más, profundizando en los problemas ecológicos con la lectura de especialistas como James O’Connor, Gunar Shirbekk, Enrique Leff. La investigación dará prioridad al análisis de las razones por las que han fracasado los intentos anteriores de lograr la paz y la preservación de la Tierra, y señalará qué fuerzas necesitan construirse y articularse para aumentar la posibilidad de una preservación posible y probable de los recursos naturales, de la biosfera, del ecosistema, y para la transición del modo de dominación, producción y consumo actual abatiendo los impedimentos para *realizar* esas políticas.

En medio de los obstáculos epistemológicos, racionales y emocionales, que plantea la conjunción de esfuerzos por mejorar nuestros conocimientos en relación con los valores e intereses universales de la sociedad contemporánea, la posibilidad cada vez mayor de pasar de los análisis micro a los análisis macrosociales y viceversa, nos permite combinar el descubrimiento de lo universal en lo particular —así como el acotamiento y concreción de las categorías generales de variadas estructuras y periodos— en medianas y pequeñas unidades de comprensión y de acción capaces de una retroalimentación o memoria histórica que aproveche las experiencias del pensar-hacer anterior.

A tal modo de vincular la práctica de las teorías, su geografía y su historia, se añade otro elemento desideologizante capaz de destruir pre-conceptos y pre-juicios que a menudo hacen imposible el abordaje de este tipo de problemas cuando no se hace hincapié en el estudio de los medios que permiten alcanzar objetivos, ni en la construcción necesaria de esos medios para hacer posible lo que aquí o ahora parece imposible. No quedarnos sólo en el estudio de microfenómenos, ni sólo en el estudio de la gran Historia o de la

gran teoría es una posibilidad metodológica y técnica que puede contribuir a no hacer Ciencias Sociales que, creyéndose muy rigurosas, resultan muy conformistas; ni a hacer Ciencias Sociales muy radicales pero muy intuitivas que, descansando sobre todo en la fiel interpretación de sus clásicos, son incapaces de distinguir el papel cognitivo que desempeña la retórica, el papel cognitivo que tiene la práctica de la crítica y el importante papel cognitivo que cumple la teoría de las acciones alternativas y de las estructuras emergentes.

VIII

Si la cercanía entre las ciencias de la naturaleza y las Ciencias Sociales es cada vez mayor, a la dificultad de facilitar el diálogo entre ellas se añade la dificultad de facilitar el diálogo entre el pensamiento crítico y las ciencias de la complejidad. El problema adquiere características mayores cuando se advierte que el diálogo entre las propias Ciencias Sociales hegemónicas resulta muy difícil, como se observa cuando un sociólogo o un politólogo intentan comunicarse con un economista neoclásico y monetarista. La mutilación epistemológica del monetarista en cuanto a la sociedad y a la política le hace imposible plantear sus modelos en términos de decisiones políticas y de efectos o consecuencias sociales. El problema se da también en el diálogo de los propios matemáticos: si uno dice a otro que él está trabajando en “teoría de grupos”, el otro llega a contestarle: “Eso es de algebrista: yo soy topólogo”. El problema adquiere una dimensión catastrófica y a veces creadora cuando dos grupos de la misma especialidad trabajan sobre parecidos problemas y no pueden ensamblar los resultados a que llegan en sus respectivas áreas. Jaron Lanier, famoso científico de la computación, que estudia la próxima generación de tecnologías de Internet, da un ejemplo esclarecedor. Un grupo integrado por computadores y cirujanos del más alto nivel simula un corazón; otro, de iguales especialidades y nivel, simula un pulmón. Ambos se dedican a un área de alta especialización: el diseño de “la realidad virtual”. Después de haber trabajado más de diez años con gran éxito, tratan de juntar su corazón virtual con su pulmón virtual para simular un tórax. . .

Y les resulta imposible. Jaron Lanier da una hermosa explicación del problema fatal. Hace ver cómo los investigadores son prisioneros

de los legados de sus sistemas de información; por ejemplo, de la forma lineal del *software de sus computadoras* a que originalmente la Macintosh no se ajustaba, y que desde su segunda generación abandonara por razones de mercado. El *software* en ese y otros casos se vuelve *mandatory, prescriptivo, obligatorio*. Genera así un fenómeno llamado de *lock-in*, de “encierro”, al que no puede escapar el usuario de la computadora y que sus productores imponen por razones comerciales: “Los vendedores de *software* han acumulado algunas de las más grandes fortunas de todos los tiempos”, comenta Lanier. Es más, los propios investigadores tienen que suscribir un protocolo que “se convierte en su amo”, y que no es el mismo de un grupo a otro de especialistas. Una solución consistiría en que cada equipo aprendiera a reconocer los patrones de la simulación del otro. No obstante, aun así, debería cambiar los protocolos que cada uno hizo diez años antes y tendrá que ir más allá del legado que “se sedimentó” y que “paró el pensamiento”. En el fondo, el problema de estos grupos de científicos de la computación y de cirujanos corresponde a un problema que se aplica a todos los sistemas. El problema es que con las partes no se puede construir el todo, y que el todo es más que la suma de las partes. El viejo problema filosófico —y de la *Gestalt*— reaparece en la ciencia de avanzada y sólo se puede resolver si se ve al descubrimiento científico como un proceso en que cuentan el tiempo y la interacción entre el análisis del organismo a partir de sus moléculas y tramas; y al análisis del organismo, a partir de su evolución.

Modelar los legados que la Naturaleza y la sociedad han desarrollado en la realidad y la conciencia, implica buscar una idea del todo, un teorema del conjunto que incluya sus nodos, relaciones y variables más significativas, sustanciales. Sólo así se podrá enriquecer y precisar el conocimiento del sistema, y su comportamiento socialmente determinado, causal, que pone límites a la incertidumbre, a la libertad de sus actores y a las relaciones que guardan o proponen, a su posibilidad de alcanzar determinados objetivos. Ese problema se plantea en Ciencias Sociales si no se incluyen en el “todo” algunas “categorías del conocimiento prohibido”, impropias del pensamiento “científicamente correcto” según los protocolos del *establishment*. Entre ellas destacan las *relaciones de explotación y los modos de dominación y acumulación propios del capitalismo*. Aquí, la experiencia universitaria en la creación de espacios de reflexión y diálo-

go puede ser difundida y reorganizada en la investigación, la docencia y la difusión de la cultura para la profundización y la pedagogía de la dialéctica y el diálogo que las ciencias y las humanidades requieren, y con las que pueden contribuir a resolver los problemas de la Humanidad. Aunque de manera realista y exacta se diga que la única capaz de resolverlos será la Humanidad misma en sus frentes, bloques y redes.

El diálogo de las Ciencias Sociales y las naturales se ha facilitado con las tecnociencias y las ciencias de la complejidad; pero a la resistencia que presentan quienes se entrenaron en las antiguas disciplinas y han hecho de ellas su coto de trabajo, se añaden los legados epistemológicos de las ciencias hegemónicas y alternativas. Superarlas será una tarea dialogal y dialéctica de las Ciencias Sociales emergentes, en tanto logren ir al “fondo de los conocimientos prohibidos” y organicen el diálogo y la dialéctica con la inclusión de los mismos y con la discusión pedagógica del saber de los movimientos sociales.

Es muy importante el diálogo actualizado entre economistas, politólogos, sociólogos e historiadores. No menos importante resulta la “traducción” rigurosa del sentido actual de las ciencias naturales y sociales a los colegas que no son de la misma especialidad, y que buscan ponerse al día y enriquecer su cultura general. Otro tanto ocurre con la “traducción” pedagógica, escolar y no escolar, siempre que no caiga en la lógica de la “divulgación” con su sentido subliminal peyorativo y especular. Sin embargo, nos parece que en los momentos actuales, el diálogo y debate *del más alto nivel* entre quienes sustentan teorías y creencias encontradas con las que de antemano se descalifican mutuamente y —de esa u otras maneras— frenan todo intento de comunicación *inter pares*, y constituye un problema fundamental para disminuir el margen de error entre los *decision makers* y los *activistas comprometidos*.

De todos los diálogos de reflexión y debate, el que profundice en las políticas de la paz, la justicia y la sobrevivencia sin duda es uno de los que merecen lugar prioritario, siempre que no oculten y se oculten las contradicciones profundas que resulta imposible superar en los hechos con los bellos discursos de una diplomacia o de unas ciencias que se desentienden de los intereses y valores en pugna. Recurrir a la tradición universitaria de la unidad en la diversidad —en que la universidad latinoamericana ha ocupado un

importante liderazgo en el diálogo y la dialéctica—, constituye el punto de partida de una articulación mayor de un pensar-hacer que posea una base epistémica y semántica mínima y necesaria para una acción efectiva en el alcance de valores universales que (desde lo local a lo global y desde lo global a lo local) correspondan al “interés general” o al “bien común”, redefinidos como lo uno y lo diverso de los habitantes de la Tierra.

REFERENCIAS

- Alexander, Jeffrey C. 1995. *Fin de Siècle Social Theory*. Londres: Verso.
- Amin, Samir. 1988. *L'eurocentrisme. Critique d'une ideologie*. París: Anthropos.
- Benton, Ted, comp. 1996. *The Greening of Marxism*. Nueva York: The Guilford Press.
- González Casanova, Pablo. 1969. *Sociología de la explotación*. México: Siglo XXI Editores.
- González Casanova, Pablo. 1999. *Ciencias Sociales: algunos conceptos básicos*. México: Siglo XXI Editores.
- González Casanova, Pablo. 2004. *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*. Barcelona: Anthropos.
- Hollier, Denis. 1973. *Panorama des sciences humaines*. París: Nouvelle Revue Française.
- Lanier, Jaron. 2002. “The Complexity Ceiling”. En *The Next Fifty Years. Science in the First Half of the Twenty-First Century*, compilado por John Brockman, 216-229. Nueva York: Vintage Books.
- Leff, Enrique. 1998. *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. México: Siglo XXI Editores.
- Leff, Enrique. 2001. *Epistemología ambiental*. São Paulo: Cortez.
- Wallerstein, Immanuel. 2001. *Unthinking the Social Sciences: The Limits of Nineteenth Century Paradigms*. Filadelfia: Temple University Press.
- Wallerstein, Immanuel. 2004. *The Uncertainties of Knowledge*. Filadelfia: Temple University Press.